

—Un poco.

La baronesa sacó un cuadermito de hojas de marfil y escribió:

—El quinto vals, con M. Souvray. Ya está.

Y de una carterita sacó una invitación, escribió un nombre y se la entregó á M. Souvray.

—Estais, pues, obligado á venir. Adios. Cuida de tu prendido, Elena; que rabien de envidia las demás. Eso es muy divertido.

Y desapareció veloz como una golondrina.

Souvray guardó la satinada tarjeta diciendo:

—¡No la abandonaré! Es preciso velar por ella.

VII

El día 13 de marzo, á cosa de las diez de la noche, era casi imposible circular por la Avenida Montaigne.

Habia una aglomeración de landós, cupés y berlinas con relucientes faroles y hermosos caballos, que pifando de impaciencia metian las arrogantes cabezas en el coche que les precedía.

Todos estos vehículos acababan de ponerse en fila ante la escalera del hotel Cavalli.

Este hotel era magnífico.

Se hubiera creído que la fachada era obra del lápiz de un Orcagna y de un Brunelleschi, á juzgar por sus hermosas líneas y por la gallardía de su construcción, puramente italiana.

El príncipe Cavalli había querido dar á su hotel el sello de su país.

A través de los treinta balcones de aquella fachada monumental, una luz intensa, tamizada por delicados transparentes, derramaba sobre la calle hermosa claridad.

Una masa de curiosos, estacionada en las inmediaciones del hotel, espiaba la llegada de los carruajes y nombraban inmediatamente á quien de ellos descendía.

Lo más selecto de la colonia extranjera, americana ó rusa, italiana ó eslava, concurrió á aquella solemnidad mundana, mezclándose en los lujosos salones del hotel con los hombres más celebres de la diplomacia y de la nobleza de raza ó del dinero.

Los hombres estaban en mayor número que las mujeres.

La notable belleza de Wanda atraía á los hombres como mariposas, pero repelía á las damas, que tenían su rivalidad.

Algunas no iban á causa de la reputación de la polaca.

Los curiosos se apretaban para ver mejor: eran gentes de la vecindad la mayor parte; ayudas de cámara, porteros y pinches de cocina, que contentos por los municipales para que no se aglomerasen á la puerta, se desahogaban haciendo comentarios cuando un nuevo invitado llegaba á la opulenta mansión.

—Oye—decía uno.—ese es el príncipe Gouff, el de las cejas de cepillo. Valiente traza tiene el mozo: parece un cosaco. Es tan avaro como rico.

—La marquesa Landini—exclamaba otro.
—¡Esto es la mar! ¡Tiene el cuero curtido y lleva un vestido blanco! ¡Valiente mamarracho!

—¡Cuántos diamantes, Dios mío!

—Y ninguno falso; verdaderos de toda verdad, muy apropiado para tenerlos bajo llave.

—¡Savard! El ministro de Comercio. ¿Qué vendrá á hacer aquí?

Un cocinero vestido de blanco, con el delantal remangado, empezó á reir estrepitosamente.

—Yo sí que haría un tratado de comercio con el ama de la casa. ¡Diantre, y qué hermosa es! Esa es la que atrae al ministro.

La baronesa de Montalambert llegó acompañada de su madre, la señora Severin.

Iban resplandecientes: la madre hecha un sol y la hija un lucero.

El barón descendió penosamente del carruaje y dió la mano á su suegra, al propio tiempo que lanzaba un gemido.

Se hubiera creído que estaba próximo á espirar.

—¡Farsante!—dijo uno.—¡Valiente boda ha hecho! Está anémico como yo.

Luisa oyó esto.

Buscó con la vista al propietario de la voz, porque el timbre no le era desconocido.

Era, en efecto, la de un antiguo ayuda de cámara despedido por el barón, y que ahora se vengaba.

Ella pasó mordiéndose los labios.

Algunos débiles ecos de la orquesta, situada en una tribuna que dominaba el gran salón, llegaban á la calle en medio del ruido sordo de los coches, que se sucedían sin interrupción.

Y siempre en la muchedumbre se oían nombres pronunciados á media voz:

—¡La princesa Doria!

—¡El general Robert!

—¡La señora Rosway, la americana de los millones, la reina del petróleo!

—¡El conde Borouski!

Era un desfile espléndido, interminable.

Las mujeres, á pesar de la envidia que les producía la riqueza y la belleza de las demás, lanzaban gritos de admiración cuando un tocado notable salía de los coches, algún solitario lanzaba de las orejas rayos de luz y subía la propietaria con un *fru, fru*, producido por el raso al rozar con las gradas de mármol, atravesando por dos filas de criados vestidos con tanto dorado, que, más que otra cosa, parecían capitanes generales.

Esto pasaba, sobre todo, cuando la dama era joven y bonita.

La belleza no pierde nunca sus derechos.

Se impone.

A las diez y media, un hombre alto y fornido llegó á pie.

El tiempo estaba seco, y la acera limpia como el pavimento de un salón.

Un criado pronunció con voz retumbante el nombre del recién llegado:

—El señor conde de Souvray.

Y el conde se perdió inmediatamente entre la multitud, que engrosaba por minutos.

Algunos instantes después, un cupé negro, tirado por dos caballos tordos, magistralmente guiados, se detuvo delante del hotel Cavalli.

El lacayo saltó del pescante, mientras M. Stripp, porque él era, se mantenía tieso mirando todas aquellas cabezas con los ojos dirigidos hacia un mismo punto.

El marqués de Taunay era muy conocido en el barrio. La curiosidad de la gente aumentó cuando vieron que bajaba del coche.

—El rey de la fiesta—dijo uno.

Pero el sarcasmo se heló inmediatamente.

Un sentimiento de respeto y de simpatía circuló como un escalofrío entre la multitud al ver á Elena, muy pálida, salir del carruaje de la mano de su marido, mientras el lacayo llevaba la cola del blanco vestido que salía por bajo de la aterciopelada piel de una capa de nútria.

Los cabellos de la joven se arrollaban al rededor de su marmórea frente, sobre la cual resplandecía una corona de brillantes.

Su dulce y resignado rostro imponía una especie de tierna conmiseración.

—¡Pobre jovenita!—murmuró un portero, que estaba al corriente de muchas historias. —Su marqués la hace ver...

En el barrio querían mucho á Elena por sus obras de caridad, que eran grandísimas.

Jamás se dirigió en vano nadie á ella y el

gusto con que socorría aumentaba el valor de sus limosnas.

Cuando entró en los salones, después de dejar la capa, con su vestido de larga cola que iba barriendo la alfombra, del brazo de Oliverio, estaban ya en el palacio casi todos los invitados.

Un movimiento de sorpresa invadió repentinamente los grupos.

—¡La marquesa de Taunay en casa de la princesa Wanda!

Esto era casi un escándalo.

Quizá todo lo que se habia dicho carecía de fundamento. ¿Cómo explicar de otro modo la osadía del marqués? ¿Se hubiera atrevido á poner frente á frente á su querida y á su esposa?

Esto causó estupefacción en aquella multitud constelada de diamantes, y en la cual se mezclaban en abigarrado conjunto los severos trajes negros de los hombres y los escotados vestidos de las damas, hombros resplandecientes y pedrerías lanzando reflejos de todos colores como un ramo de fuegos de artificio.

En cuanto vió al marqués, Wanda se separó del pequeño círculo que la rodeaba, compuesto del barón Simeón, riquísimo hacendista, Mad. Rorway y los Doria, y se adelantó al encuentro de Elena.

La tendió las manos y dijo muy alto.

—Me proporcionais un verdadero placer, marquesa, y no sabeis cuanto os lo agradezco.

Elena balbució algunas frases confusas; y una oleada de sangre le subió á la cara coloreándola intensamente.

Estaba en un suplicio.

La polaca, por el contrario, conservaba una serenidad completa.

Es preciso convenir en que la querida eclipsaba á la mujer legítima con el esplendor de sus treinta años, la edad de la perfección en las mujeres verdaderamente bellas.

Elena parecía casi mezquina enfrente de aquella soberbia hija del Norte, blanca como la nieve, brillante como una aurora boreal, esbelta y fuerte, espiritual y elegante.

Montalambert observaba el encuentro.

El barón tenía sus defectos; sus vicios, si se quiere, pero no carecía de ciertas buenas cualidades.

Comprendió todo lo que tenía de cruel aquella escena para la joven y acudió á su socorro, mientras Souvray devoraba su cólera.

Con el brazo arqueado avanzó hácia la princesa.

—Me permitís—le dijo—que pasee á madama de Taunay por los salones para enseñarle las maravillas que encierran?

Elena le dirigió una mirada de reconocimiento y se alejó apresuradamente.

—Os he obedecido, princesa—dijo Oliverio.

La polaca siguió con los ojos medio entornados, cubiertos por largas pestañas, casi negras, que les daban un brillo singular, el camino que había tomado su rival.

Se mordía los labios y parecía reflexionar.

Hubiera podido leerse en el rostro del marqués, á pesar del dominio que tenía sobre sí, viva emoción.

Era una escena odiosa que se representaba entre dos seres, en apariencia sonrientes y felices, en aquel salón deslumbrante de luces y de artísticas arañas, bajo techos en que los amores jugaban con guirnaldas de rosas; en una atmósfera llena de perfumes y coreada por las notas de una orquesta que con extraordinaria viveza interpretaba uno de los más bonitos valeses de Strauss.

Y como la princesa no contestase á la interrogación de su mirada, dijo sencillamente:

—¿Qué hay?...

Wanda estaba preocupada.

—El doctor tiene razón—contestó al fin.

—¿Cómo?

—Un poco débil, pero vivirá.

Y sin añadir una palabra, sin que el menor pliegue frunciera su rostro, ni que una indiscreta sonrisa viniera á revelar su pensamiento, se unió de nuevo al grupo que acababa de abandonar.

El barón Simeón decía al conde Borouski:

—Hay puntos negros en el horizonte.

La princesa sonrió.

—¿Jugais, pues, á la baja, barón?—dijo con tranquilidad perfecta.

Pero en el propio instante su miradase cruzó con la de la bohemia, que aparecía semioculta entre los pliegues de un portier, y con un signo imperceptible dió una orden á Miska.

Eanudó la interrumpida conversación.

—Deciais...—preguntó al gran hacendista.

A media noche la fiesta estaba en su apogeo.

Se bailaba en los salones y en la galería que les unía á la *serre*, que era un verdadero museo lleno de obras maestras de los mejores artistas de la escuela florentina.

Oliverio había desaparecido entre la multitud de invitados y cubría su agitación interior bajo su tranquilo continente.

Daba el brazo á una joven y paseaba con ella, cuando notó en el hueco de un balcón á un hombre que se apoyaba en el muro y parecía vigilarle.

Este hombre era Roberto de Souvray.

Cambiaron dos miradas llenas de electricidad, de esas que matarían, si pudieran.

El conde dió instintivamente un paso al encuentro del que justamente consideraba como un enemigo; pero en el mismo instante la baronesa de Montalambert se lanzó aturdidamente entre ellos.

—¿En qué pensais, querido amigo?—dijo á Souvray.—¿Olvidais que este vals es el quinto y que estais comprometido á bailar conmigo?

Aquella intervención no pudo ser más oportuna. Así se explica el gusto con que el conde se lanzó con su pareja entre la alegre turba de bailarines.

¿A qué tener un choque con el marqués?

Sin embargo, la alegría había desaparecido de su corazón.

Hubiera querido que Elena estuviera lejos

de aquellos salones, en los cuales sospechaba un peligro, poseido por uno de esos presentimientos que oprimen el pecho y lanzan en el alma una oleada de temor.

A pesar de todo, ¿qué podía temerse en una reunión compuesta de los mejores apellidos de la nobleza y de la banca?

El aspecto de la princesa hubiera debido tranquilizarle.

La triunfante Wanda predicaba con el ejemplo la alegría.

Tenía frases graciosas para todos, y era materialmente imposible soñar una cara más apacible, más reposada. Parecía completamente dichosa.

El conde temblaba, hasta cuando formaba parte del pandemonium sedoso y perfumado que seguía el paso de la baronesa mundana que no conocía la fatiga y que se abandonaba al placer, su natural elemento, como el pájaro al aire que lo sostiene.

En los giros caprichosos del baile, llegó á encontrarse al lado del barón de Montalambert que valsaba con Elena, la cual no había querido rehusar á su protector de un instante este favor calurosamente solicitado.

Entonces de una á otra pareja salieron frases chispeantes y exclamaciones graciosas.

La baronesa acribillaba á epigramas á su esposo, sorprendido en flagrante delito de raptura de sus costumbres higiénicas.

—No haríais otro tanto por mí—decía.

—¡Toma! Mi carraca se emancipa—añadía.

Al propio tiempo dirigía á la marquesa las mayores felicitaciones:

—Realizas milagros, querida. Curas á los valetudinarios.

Montalambert no tardó en eclipsarse, llevando galantemente á Elena hacia el *buffet*.

Roberto hubiera querido seguirles; pero la baronesa, que parecía al avaro Aqueronte, no abandonó su presa.

—Otro poquito—decía girando como un silfo y con creciente velocidad.

Estaba encantadora con sus hermosos ojos, brillantes como luciérnagas, su talle esbelto, sus maneras seductoras, su eterna alegría, su sonrisa constante y con su propósito de no tomar de la vida más que lo que tuviera de agradable, como las abejas, que sólo liban de las flores los aromas que destilan.

No permitió á Roberto ni un segundo de descanso hasta tanto que los violines dejaron oír su último trémolo en la nota final.

Solo entonces pudo Souvray imitar al barón y conducir al *buffet* á su incansable pareja.

Estaba situado éste en el comedor, pieza monumental con techo labrado como encaje, dividido en artesones con arabescos de oro.

Esta habitación estaba tapizada de cuero labrado y dorado, que brillaba al choque de la luz que derramaban veinte candelabros.

Vasos de plata sobredorada resplandecían sobre los estantes de madera tallada.

Los pisos estaban sostenidos por amorcillos y mujeres encozadas como cariátides.

El efecto era mágico. Se sentía uno trasportado á la corte de los duques de Ferrara ó de Florencia, en el siglo xvi.

¡Cualquiera podría pensar allí en la realización de un crimen vulgar, entre aquellas magnificencias, cuando la música os mece en su ritmo seductor, cuando no veis á vuestro lado más que jóvenes soberbiamente hermosas, exaltadas con la animación de aquella fiesta real, y la producida por el espumoso Champagne, electrizadas por las frases ingeniosas, por las declamaciones y los furtivos madrigales que deslizan en sus oídos la pasión y el entusiasmo!

Y sin embargo, acababa de cometerse uno muy semejante á los que aterrorizaban á los invitados de los Borgias, de los cuales eran algo parientes los Cavalli.

Cuando Montalambert llegó al *buffet* abriendo paso á la marquesa, en medio del pasteles asalto general á los *sandwichs* de *foie gras*, de trufas y pollos fiambres recostados en su gelatina, quiso ofrecer á su pareja una copa de Champagne.

—No—dijo—prefiero un vaso de agua.

Un criado de cabellos blancos y de apacible cara, espiaba la llegada de Mad. de Tannay, y fué el que en una copa de plata sobredorada echó el agua pedida por Elena, y que esta bebió con avidez.

Luego se alejó, cogida del brazo de Montalambert, que había restaurado sus fuerzas comiendo unos *sandwichs* y apurando varias copas de Roederer.

El barón se había convertido en protector de la marquesa, y ésta le daba gracias por sus atenciones con afectuosas sonrisas que le conmovían extraordinariamente.

¡Qué cosa tan extraña es la humana naturaleza! Montalambert, llevando del brazo á aquella dulce criatura, no estaba lejos de execrar al marqués de Taunay, su buen amigo.

—Abandonar así á una mujer tan encantadora—pensaba—y ¿por qué?

Y lanzaba miradas furibundas á la princesa cada vez que pasaba por su lado, y no pensaba que él, con menos pasión sin duda, pero con más ligereza, ya por hábito de juventud ó por fanfarronada del vicio, abandonaba también á su mujer, Luisa Severin, que le había llevado con una fortuna que reemplazó á la suya, evaporada en el humo de las orgías, sus veinte años, su alegría y la indulgencia de un corazón de oro.

Cuando en el umbral de la puerta del comedor Montalambert se cruzó con la baronesa y Souvray que les buscaban, llevóse brusca-mente Elena la mano al pecho.

Souvray la vió palidecer.

—¿Qué teneis?—preguntó.

Ella balbució algunas palabras.

—Nada... no lo sé... un desvanecimiento... el calor tal vez...

Algunos pasos más allá, sus piernas se doblaron; hizo un esfuerzo y se repuso.

—Estoy mejor—dijo.—Ya pasó.

El barón la llevó á la *serre*, abierta en la galería en que acababan de entrar.

Esta *serre*, alta como la nave de una iglesia, estaba llena de las flores más raras, de plantas tropicales y de lianas enlazadas á las esbeltas columnas que sostienen una cúpula de cristal.

Tan hermoso departamento estaba casi vacío. Solo alguna que otra pareja paseaba por allí, huyendo sin duda del ensordecedor ruido que reinaba en el salón.

Alrededor de Elena, sentado sobre un banco de doradas cañas, no había más que su amiga Luisa, Souvray y el barón.

Creyeron estos que se trataba de una indisposición pasajera, pero bien pronto en vez de disiparse, el mal pareció que se agravaba.

La marquesa, medio desvanecida, murmuraba palabras incoherentes y llevaba sin cesar la mano al pecho.

—Aquí—decía,—aquí es donde yo padezco.

Souvray la examinaba atentamente con el corazón oprimido por una ansiedad que aumentaba por segundos.

De pronto Elena cayó, lanzando un prolongado gemido, sobre el respaldo del banco, y exclamó con voz desgarradora:

—¡Ah, Dios mío!

El conde se arrodilló á sus piés.

—Se muere—gritaba.—¡Un médico!

Y levantándose con una exaltación que podía tomarse como la locura de la desesperación:

—Montalambert,—dijo muy deprisa—no

la abandonéis. Yo tomo un coche y corro á casa del doctor Durand y le traigo. Aquí hay que temerle todo por ella.

Poco á poco fué Elena dejando de quejarse.

Se hubiera dicho que había bebido algún licor estupefaciente.

Sus ojos estaban cerrados; no quedaba un átomo de sangre bajo su piel, que había adquirido la palidez del mármol de las estátuas. De sus blancos labios se escapaba una respiración jadeante.

Y siempre, instintivamente, como si hubiera querido arrancar de su pecho una serpiente que lo devorara, llevaba allí sus crispados dedos y ahondaba bajo el raso del vestido, cuyas blondas destrozaba.

Nadie se ocupaba de ellos.

Las parejas que en el momento de su entrada se paseaban bajo el abanico de las palmeras de redondeadas copas y de liazas arrolladas á los pórticos y á las columnas esbeltas, bajo las canastillas colgadas de la bóveda y llenas de orquídeas y begonias, habían desaparecido buscando más lejos, en el fondo de aquel jardín de invierno, un rincón aislado para terminar cualquiera intriga comenzada en las enervantes familiaridades del baile.

El barón y Luisa trataban de volverla á la vida. Ella, que apenas les oía, buscaba á alguien con los ojos llenos de lágrimas medio apagados como antorchas que vacilan, y preguntaba:

—¿Dónde está?

—¿Tu marido?—dijo Luisa.

—No, él, él: Roberto.

El corría como un loco, no fiando se más que en la velocidad de sus piernas, á casa del doctor. Hubiera sacrificado su vidapor salvar la de Elena, por ahorrarle un sufrimiento, que vagamente comprendía estaba perdida al caer en un espantoso lazo.

El doctor Durand, vivía en la calle Royal.

Al entrar en su casa, el conde apenas podía hablar.

No pudo hacer más que gritar al propio tiempo que rechazaba al criado, y abría la puerta, del gabinete:

—¡Doctor, venid, venid; va á morir; se muere!

VIII

El doctor Durand era uno de esos antiguos prácticos que conservan, aun en su edad avanzada la vivacidad de la juventud y que unen á una acción profunda, la sólida experiencia de una vida entera.

Preguntó algunos detalles que el conde le dió rápidamente; se proveyó de diversos objetos que introdujo en los bolsillos de su abrigo, montó en su coche y á todo galope llegó al hotel Cavalli.

Su entrada causó sensación.

Aquel hombre de gran talla, de cabellos grises y cuyo traje severo contrastaba con los fraes y las corbatas blancas de los baila-

rines, heló la fiesta en el momento de atravesar el gran salón.

—¿Qué ocurre?—preguntó la princesa á Souvray que precedía al doctor.

—¿Lo ignorais?

—¿Quién es ese hombre?

—Un médico.

—¿Para quién?

—Para la señora de Taunay, que agoniza.

La polaca desempeñó su papel como una actriz consumada.

—¿Es posible?

—Es verdad.

—¿Dónde está?

—En la *serre*.

—Silencio—dijo simulando sorpresa.—Corro allí.

Cuando el doctor apareció, la baronesa y su marido lanzaron un suspiro de satisfacción.

La ausencia del conde, á pesar de ser corta, les pareció una eternidad.

Habían trasportado á la marquesa á un diván de terciopelo, una especie de cama, desde la cual muchas veces había aspirado la princesa los mil perfumes penetrantes de las vainillas y de las orquídeas, que vivían en la ficticia primavera de su jardín, cerca de una pila de mármol sobre la cual se expansionaban, regadas por las cascadas de un murmurador salto de agua, las ninfas de rosadas flores y el nenúfar de anchas hojas.

El señor de Taunay, á quien se acababa de avisar, estaba allí pálido como un espectro,

no atreviéndose á aproximarse á su víctima.

La audacia de este crimen, que él había inspirado, como sugiere el demonio tentaciones á los creyentes, le petrificó.

Quedó allí, clavado al suelo, incapaz de moverse de pronunciar una palabra, osando apenas mirar á aquella desventurada cuya juventud había aniquilado, y á la cual había arrancado las ilusiones, roto el corazón y, por último, la había muerto con tanta seguridad como si hubiera sido él quien la hiriera con un puñal ó envenenado con un tóxico.

La princesa, por el contrario, parecía tan tranquila como si fuera extraña á aquel fin que ella sabía que era inminente.

Con una mirada quiso devolver á Oliverio la tranquilidad y la sangre fría.

El médico, inclinado sobre la enferma, contaba los latidos del pulso, que iba debilitándose.

Evidentemente no entendía nada del mal que, como un rayo, mataba á aquel cuerpo tan delicado.

Fijó sus ojos grises, penetrantes, en el marqués y la princesa:

—Esta crisis ha sido provocada—afirmó;—no es natural. ¿Qué habeis dado á la señora de Taunay?

El barón de Montalamber fué el que contestó:

—Nada, doctor: yo estaba precisamente en el *buffet*, y no ha tomado más que un vaso de agua.

—¿Pura?

—No; perfumada con una esencia cualquiera.

—¿Podría encontrarse ese vaso?

—Quizá.

—Que se me traiga.

—Un pliegue sarcástico frunció los labios de Wanda, pero nada objetó?

—¿Qué suponeis doctor?—preguntó la baronesa.

—¿Yo?—dijo el práctico.—Creo sencillamente en un crimen.

—¡Un crimen!—exclamó Luisa aterrorizada.

—¿Por qué no?

—¿Qué crimen?

—Un envenenamiento.

—¿Con un simple vaso de agua?—dijo con desden la polaca.

Montalamber había salido, pero volvió inmediatamente.

Traía una copa de plata sobredorada, cincelada artísticamente; uno de esos objetos antiguos de un capricho y un trabajo exquisitos.

—¿Se os ha servido en esta copa?—preguntó el médico á la enferma.

Esta movió la cabeza afirmativamente.

—¿Qué sentís?

—Aquí—murmuró señalando al pecho,—tengo fuego.

La voz era tan débil, que el doctor se vió obligado á aproximar el oído á los labios de Elena.

Al propio tiempo examinaba la copa.

No quedaba ninguna huella de líquido, sino un olor balsámico que le extrañó.

—¡Oh! las precauciones están bien tomadas,—dijo.

Una ironía desdeñosa, una sombra pasó por la fisonomía de la polaca.

—Vuestras palabras son graves, doctor,—exclamó.—Formulais una acusación. ¿Contra quién?

—Yo no acuso á nadie. Busco la verdad en frente de una moribunda, y por lo tanto, el remedio; el estado de esta delicada criatura ofrece todos los síntomas de un envenenamiento por una mezcla de sustancias vegetales.

Volvió á coger la copa, echó en ella una poca agua y unos polvos que se disolvieron en el acto.

Después levantó la cabeza de Elena y logró hacerla beber algunos cortadillos de líquido.

Entonces se produjo un fenómeno singular.

Los ojos de la joven, envueltos ya en una espesa niebla, se abrieron.

Su desvanecimiento se disipó poco á poco.

Sus facciones, contraídas por un sufrimiento sordo y latente, por decirlo así, se distendieron.

Ella, que apenas entendió lo que se la preguntaba, y respondió con una voz ininteligible, tomó un poco de fuerza.

Elena vió á su alrededor, en aquella inmensa *serre* llena de verdura y de flores, á su amigo Roberto de Souvray, agobiado por el do-

lor; á su marido y á la princesa. inmóviles, con los ojos extraordinariamente fijos y abiertos, espantados de esta resurrección ó de una acusación terrible que podía surgir contra ellos, y por último á Montalambert y Luisa aterrados por aquel espectáculo que les desolaba.

Wanda perdía su firmeza.

—¿Es que la ciencia había descubierto un remedio contra aquel veneno desconocido?

Ninguna de estas impresiones se escapó á la vista del médico.

De rodillas al lado de la enferma, la interrogaba con dulzura.

—¿Qué olor tenía el agua que bebisteis?

Ella hizo un esfuerzo para acordarse.

—Creo que de vainilla.

—¿Qué dolor habeis sentido?

—Un desfallecimiento general, y aquí (señalando á la garganta) una quemadura.

—Os sentís bien ahora?

—Muy bien; me siento mejor, pero muy débil.

El doctor reflexionó.

Al cabo de un instante el rostro de Elena acusó la vuelta del sufrimiento.

—Doctor—exclamó,—me parece que me muero. Me cruzan sombras por los ojos y de nuevo... el fuego...

—Está perdida—dijo el médico con la cólera de la impotencia, que le arrancaba una lágrima.—Se la ha asesinado. Por mi honor, declaró que muere envenenada.

—¿Y quién es el culpable?—preguntó la princesa.

—La justicia se encargará de descubrirlo.
—¿Un crimen!—murmuró Elena tratando de levantarse.

—Quizá.

—¿Quién lo ha cometido?

—¿Quién? Gentes que os aborrecen, ó mejor dicho, porque no hay quien pueda odiaros, gentes que os envidian. ¡Infames!

—Así, pues... ¿yo voy á morir?

El doctor se mordió los labios hasta producirse sangre.

—Señor de Tannay—dijo Elena, con voz que se debilitaba por instantes,—se me ha dado la muerte; lo comprendí al instante. Una languidez sospechosa se apoderó de mí.

Este delito puede recaer sobre vos, sobre nuestra familia. Dadme papel... pluma... pronto: siento que me debilito... Daos prisa.

—Pero...

—Lo mando.

El marqués no encontró á mano más que una tarjeta suya con corona, y un portalápiz de oro.

—Dadme y sostenedme—y añadió:

—Oliverio, es por el honor...

Con mano temblorosa escribió estas dos líneas:

«No he tenido el valor de vivir. Que no se culpe á nadie de mi muerte.

»ELENA DE ROCHEVIEILLE,

»Marquesa de Tannay-Coulanges.»

—Y ahora—dijo,—dejadme morir en paz. Con un signo llamó al conde de Souvray.

Él se arrodilló á sus pies, estrechó sus frías manos, y las cubrió de besos.

Con un resto de fuerza le Elena atrajo más cerca de sí, puso los labios sobre su frente, y dijo con mirada de ángel.

—Adiós, Roberto, yo te amaba.

Después cayó en un sopor profundo.

Quejidos cada vez más débiles salían de su boca. Un instante luchó su espíritu en una convulsión suprema.

A la hora y media expiró sin sufrimiento aparente.

Roberto la cerró los ojos.

Parecía dormida.

En los salones se había olvidado el paso del doctor.

La orquesta tocaba la seductora polka de las máscaras y la fiesta continuaba.

Después de haber besado por última vez la helada frente de la muerta, el conde de Souvray desapareció.

IX

Al salir del hotel Cavalli, Souvray iba agitado por una de esas desesperaciones que conducen á los actos más trágicos de la vida.

Acababa de separarse dejándola helada, inanimada, inclinada sobre el terciopelo del diván, bajo las hojas de las palmeras y las espesuras de las lianas, amortajada con el traje de baile, al ángel de bondad y de gra-

cia que se llamaba Elena de Rocheville. Parecía dormida como una criolla entre los bananeros; pero sus ojos, de dulce mirar, ya no volverían á abrirse.

Dos miserables la habían asesinado.

Todo había concluido.

El conde no tenía la prueba material del crimen, pero no se podía dudar de su realidad.

Estaba seguro.

Todo lo afirmaba. Su instinto se lo había advertido desde el primer quejido de Elena.

Reconstituyó la trama del crimen con tanta precisión como si hubiera oído las conversaciones de los culpables.

El marqués de Taunay había sido el instigador del crimen.

La princesa Wanda lo había ejecutado.

Aquella fiesta no se había dado con más objeto que atraer á la víctima para que cayera en el lazo.

La extranjera no había retrocedido ante aquel execrable acto para poner su mano entre las de su amante, para llevar el nombre de los Taunay-Coulanges, que era como una parte de su patrimonio, para él vástago de una raza en otro tiempo valiente y leal, y deshonrada ya por aquel malvado, autor ó cómplice de un cobarde asesinato.

Y, sin embargo, no era á Wanda á quien más odiaba.

¿Qué era aquella princesa, bajo las apariencias más seductoras, mas que una salvaje sin freno ni ley, que no se asusta por nada,